

La Insoportable Levedad del Ser

Una revisión desde la mirada existencial

The Unbearable Lightness of Being. A review from the existential perspective

Daniel Salinas Villacres
Cuenca, Ecuador

Universidad Católica de Cuenca

Resumen

En este documento se consideran algunas de las reflexiones que el checo Milan Kundera se plantea acerca de diversas preguntas y disyuntivas que atraviesan la condición humana, en la novela *La Insoportable Levedad del Ser*, la cual representa una exploración, y una extensión en paralelo de situaciones experimentadas en la propia vida del autor. Entre los temas que competen a este artículo, se abordan las nociones de pesadez y de levedad, las preguntas existenciales y la incertidumbre, la belleza y el amor, la relación con la naturaleza y con los otros, la temporalidad y el kitsch, entre otros. Estas inquietudes son expuestas en medio de las tramas de sus personajes, asumiendo cada uno una personalidad propia y unas formas particulares de enfrentarse a su incertidumbre. Al respecto, este artículo comenta de modo general la forma en que los conceptos propuestos por el novelista se vislumbran en torno a los protagonistas de la obra.

Palabras clave

Kundera, *La Insoportable levedad del Ser*, Peso, Levedad, Belleza, Amor, Incertidumbre, Naturaleza, Temporalidad.

Abstract

This document considers some of the reflections that the Czech Milan Kundera raises about various questions and dilemmas that cross the human condition, in the novel *The Unbearable Lightness of Being*, which represents an exploration, and a parallel extension of situations experienced in the author's own life. Among the topics that concern this article, it considers the notions of heaviness and lightness, existential questions and uncertainty, beauty and love, the relationship with nature and with others, temporality and kitsch, among others. These concerns are exposed in the midst of the plots of his characters, each one assuming their own personality and particular ways of dealing with their uncertainty. In this regard, this article comments in a general perspective the way in which the concepts proposed by the novelist are glimpsed around the protagonists of the work.

Keywords

Kundera, *The Unbearable Lightness of Being*, Weight, Lightness, Beauty, Love, Uncertainty, Nature, Temporality.

Introducción

La novela se dirige al lector desde un inicio en un tono personal y existencial. Celebra el impulso hacia la vida en sus personajes, incluso por encima de la erudición. El conocimiento tiene valor en la medida en que este nos impulsa a la vida, al logro de experiencias significativas en nuestra historia personal. En su contexto sociocultural y político, buena parte de la historia transcurre en medio de la agitación social, producida en Praga por causa de la ocupación de la Rusia comunista en República Checa. Difícilmente este escrito agotará la riqueza de temáticas e interpretaciones que se pueden obtener de la novela, sino que funge apenas como un comentario general para quienes deseen aproximarse a las cuestiones filosóficas que esta trata.

¿Eterno Retorno o Intrascendencia?

Para Kundera la vida humana está exenta de destino o de un sentido a ser encontrado y en base al cual se deba vivir. Aunque no lo manifieste explícitamente, concordaría con Nietzsche al proponer la idea de que la vida sólo se puede justificar como una experiencia estética (Nietzsche, 2018). No obstante, piensa el checo que hay mucho de pesadez (concepto fundamental en la novela) en la perspectiva de este filósofo, al proponer la doctrina del Eterno Retorno. Respecto a tal visión del tiempo, Kundera toma una distancia conceptual importante. ¿Cuál es su comprensión del tiempo? Si la doctrina del eterno retorno consiste en vivir como si cada uno de nuestros días fuera a repetirse incontables veces por la eternidad "Nietzsche llamó a la idea del eterno retorno la carga más pesada" (p.13); vivir fuera de esa idea nos entregaría a la conciencia de la ligereza e intrascendencia total de la vida humana. Nada de lo que decidamos o hagamos tiene un peso real porque nunca más se repetirá el ayer, ni nuestra propia existencia ha de volver a darse. La historia de cada hombre, como la historia misma de la humanidad, son igual de irrelevantes. "Si el hombre sólo puede vivir una vida es como si no viviera en absoluto" (p. 16).

Por esto, la vida humana consiste en una representación. Somos todos actores representando nuestra obra ante el escenario del mundo, sin guion y sin ensayos, pues el hombre posee una sola vida y experimenta la existencia sin preparación. No tendremos otras vidas, a través de las cuales podamos comparar si nos hubiese sido mejor elegir entre una u otra opción y situación, ni sabremos cómo nos hubiera resultado optar por otros modos de ser.

Saber hacernos preguntas como vehículo para ser nosotros mismos

Por otra parte, aunque no nacemos con una misión asignada a nuestra vida, la inquietud por encontrar una razón para vivir, resulta una experiencia valiosa desde el punto de vista de la novela, en cuanto se deja ver la relevancia de las preguntas que no tienen respuesta, ya que en torno de éstas cruzamos el terreno de la facticidad para reconocernos en condición de incertidumbre, sobre la cual se podrán trazar las posibilidades de recrearnos e hilar nuestra propia narrativa existencial. El énfasis no está en las respuestas, sino en la capacidad de hacernos las preguntas adecuadas.

Y es que las preguntas verdaderamente serias son aquellas que pueden ser formuladas hasta por un niño. Sólo las preguntas más ingenuas son verdaderamente serias. Son preguntas que no tienen respuesta. Una pregunta que no tiene respuesta es una barrera que no puede atravesarse. Dicho de otro modo: precisamente las preguntas que no tienen respuesta son las que determinan las posibilidades del ser humano, son las que trazan las fronteras de la existencia del hombre (p. 149).

De este modo sus personajes reflejan la angustia de no saber qué hacer ante las posibilidades que sus circunstancias particulares les ofrecen. Cuando queremos ascender en la conquista de nosotros mismos, el checo nos muestra cómo las alturas nos producen irremediablemente vértigo. Este sentimiento no se identifica necesariamente con sentir miedo a caer, significa sentirnos seducidos por la posibilidad misma de la caída, de traicionarnos a nosotros mismos, y entonces reaccionamos con auténtico horror al sorprendernos deseando caer y volver a esas circunstancias las que escapamos, que repudiamos y tememos, y que fueron el punto de partida que quisimos dejar. Renunciar, por debilitamiento, a todo lo que nos propusimos ser.

Respecto a la descripción de aquel vértigo, se puede trazar un símil con lo que Kierkegaard llamaba la desesperación de querer ser uno mismo, entiéndase como aquel proceso existencial en el que el sujeto quiere responsabilizarse de sí mismo de forma activa, convirtiéndose en individuo. Sin embargo, llega a tornarse desesperación dado que al basarse en respuestas que salen sólo de sí mismo, (es decir de la contingencia y existencia humana), no posee ninguna garantía trascendente o metafísica, como si de un castillo construido en la arena se tratase) (Kierkegaard, 2019). La conquista de la autenticidad es un cometido que precisa de rebelión. Convertirse en un individuo no es

algo gratuito, exige aquello que en el Zaratustra de Nietzsche es concebido como la transformación del espíritu en león, esto es, imponerse con valentía ante los “*tú debes*” que vienen de fuera de nosotros (Nietzsche, 2014), y en el caso de la novela, también de los deberes que nos fabricamos para nosotros mismos. Kundera coloca a la profesión como ejemplo de esto último, “es un gran alivio sentir que eres libre, que no tienes una misión” (p. 328).

Del valor de lo estético en los proyectos humanos

Hay diversas manifestaciones que generan la posibilidad de una vida estética, la más importante para Kundera es el encuentro con la belleza, que aguarda detrás de las coincidencias, el asombro y el descubrimiento en medio de nuestra existencia. La belleza es lo que encontramos cuando nos disponemos a apreciar lo efímeros que somos, la finitud de todo lo que hay en el mundo: las cosas se hacen bellas justamente por su intrascendencia. Igual de relevante para aproximarnos a la belleza, es la vitalidad, la acción orientada hacia la diversificación de experiencias: emprender acciones y proyectos que nos hagan sentir vivos. Por esto, pone como ejemplo, que hay un mayor impulso a la vida y más autoconfianza en una chica que ha atendido en un bar, o que ha estudiado un libro motivado por su propia curiosidad, frente a quien ha vivido en una rutina cómoda e indiferente.

Reforzando esta propuesta de orientar la vida hacia lo estético, la creación es entendida por Kundera como una necesidad psicológica, y los sueños son otra vía para alcanzarla. Concede a Freud la concepción de que comunican un aspecto de la vida interior, un lenguaje íntimo del que sueña, pero el énfasis lo coloca en la predisposición de nuestro psiquismo por la creatividad y la expresión.

Ésta es una circunstancia que se le escapó a Freud en su teoría de los sueños. El sueño no es sólo un mensaje (eventualmente un mensaje cifrado), sino también una actividad estética, un juego de la imaginación que representa un valor en sí mismo. El sueño es una prueba de que la fantasía, la ensoñación referida a lo que no ha sucedido, es una de las más profundas necesidades del hombre... Si el sueño no fuera hermoso, sería posible olvidarlo rápidamente (p. 66).

Ser en el peso y existir en levedad

“Sólo una cosa es segura: la contradicción entre peso y levedad es la más misteriosa y equívoca de todas las contradicciones”. (p. 13)

¿Qué entendemos por pesadez y por levedad? Por una parte vivir en el peso significa vivir en el mundo del Eterno Retorno, con las implicaciones que ya se han mencionado en párrafos previos. Significa también que asumimos compromisos y responsabilidades, elementos que nos hacen permanecer anclados a la tierra, aplastados contra ella, parafraseando a nuestro autor. De este modo nuestra existencia se vuelve plenamente realidad, sólida, desarrollamos una identidad

que se vincula a las acciones, personas y proyectos con los que nos comprometemos. La vida se transita con intensidad y plenitud, pues percibimos que las cosas ocurren por necesidad (como nuestro amor, o nuestra vocación), y es justamente ese peso lo que las dota de valor.

En otro sentido, ¿es posible vivir sin dudar de la validez de lo que hemos decidido y hemos hecho? ¿Cuál es el sentido de las decisiones que tomamos si nunca tendremos una segunda o una tercera vida a través de las cuales optemos por las posibilidades que habíamos descartado, y así poder conocer qué nos resultaba mejor? El individuo, los pueblos y la humanidad nunca tendrán ocasión de realizar tal comparación. La vida sólo ocurre una vez. La humanidad que hoy es mañana ya no existirá, somos demasiado leves. Al hablar de levedad entendemos que nuestras acciones no se repetirán perpetuamente en el mundo del Eterno Retorno. Incluso si tuviéramos la oportunidad de volver a vivir por segunda, tercera vez (y continuar así ad infinitum), y con la memoria de las vivencias previas intactas, ¿lograríamos ser más maduros, sabios y pacíficos?

Al ver las cosas desde la perspectiva de la fugacidad, vivir en una ausencia de cargas que nos permita elevarnos por encima de lo habitual, se procura la conquista de una radical libertad en la que la identidad es mucho más difusa. Si en el peso la vida adquiere plenitud, en la levedad esta se torna insignificante, somos apenas reales en un mundo con el que no se tiene ningún compromiso.

La ausencia absoluta de carga hace que el hombre se vuelva más ligero que el aire, vuela hacia lo alto, se distancie de la tierra, de su ser terreno, que sea real sólo a medias y sus movimientos sean tan libres como insignificantes (p. 13).

¿Cuál de estas dos modalidades de vida es preferible? A pesar de que estas modalidades podrían ser asimilables a las concepciones Kierkegaardianas de los estadios estético y ético para la levedad y el peso respectivamente, un aporte valioso de la novela, a criterio del autor, consiste en que cada modalidad tiene una relación particular con la experiencia de la belleza.

La belleza del erotismo en la levedad

En esta modalidad hay una forma de belleza asociada a la acción: la conquista de la belleza del cuerpo. La mujer que se sabe bella siente pudor y celo por su desnudez, es por ello que se conquista. Sólo quien que no aprecia su cuerpo como bello no siente vergüenza ante su desnudez. Hay una satisfacción intelectual y otra sensorial cuando se sabe conquistar la belleza del cuerpo. Si en el amor vivido como ligereza el goce estético del hombre viene de la habilidad para la seducción, en la mujer se expresa detrás de la coquetería: un juego intrascendente y leve de palabras y gestos que deja abierta la posibilidad de un encuentro sexual, sin garantías de que se cumpla.

El encuentro con la belleza viviendo bajo el peso

Si por una parte, la vida de soltero y de las relaciones no sentimentales representa ser en levedad, por otra parte la belleza del amor hace del peso algo llamativo. Quizás, de todas las formas en que las personas hacemos de nuestra existencia algo pesado, el amor sea la carga más deseable: la intensa conexión con el otro llega a convertirse en el sentido mismo de la vida de los enamorados. Implica el compromiso de estar junto al otro, un profundo sentimiento de compasión. Puede llegar a ser fatigoso, pero en recompensa, ¿qué mejor experiencia nos sirve a las personas para sentir que realmente vivimos?

En la poesía amatoria de todas las épocas la mujer desea cargar con el peso del cuerpo del hombre. La carga más pesada es por lo tanto, a la vez, la imagen de la más intensa plenitud de la vida. Cuanto más pesada sea la carga, más a ras de tierra estará nuestra vida, más real y verdadera será (p. 13).

El amor es hijo del azar. Son justamente el encuentro inesperado y casual de personas y situaciones las que evocan ese sentido de belleza, por la que nuestra sensibilidad ante las cosas crece, se intensifica, y fruto de esta, experimentamos el amor. “El hombre, llevado por su sentido de la belleza, convierte un acontecimiento casual... en un motivo que pasa ya a formar parte de la composición de su vida” (p. 60).

A pesar de esto, Kundera considera que la mayoría de los hombres vivimos indiferentes a estas casualidades, y al hacerlo, nos impedimos a nosotros mismos la experiencia de la belleza. Nosotros convertimos al amor en peso al vivirlo como una necesidad, una obra trazada en el destino, una mitificación del otro, una coincidencia convertida en una señal. Pero lo realmente bello del amor es la casualidad. La casualidad es una experiencia bella porque nace de manera inesperada, lo que se experimenta por primera vez es bello. “Fue su sentido de la belleza lo que la liberó de la angustia y la llenó de ganas de vivir” (p. 86).

¿Un acontecimiento no es tanto significativo y privilegiado cuantas más casualidades sean necesarias para producirlo? Sólo la casualidad puede aparecer ante nosotros como un mensaje. Lo que ocurre necesariamente, lo esperado, lo que se repite todos los días, es mudo. Sólo la casualidad nos habla (p. 56).

Otras consideraciones de la vida en el amor: Sentimientos, poder y lenguaje

Cuando se habla en su novela de compasión, Kundera es claro en manifestar que éste no consiste en un símil de la piedad que ve al otro como un desfavorecido, sino en una profunda empatía con las experiencias subjetivas de la otra persona. La compasión sería de este modo, lo opuesto a la indiferencia, es un sentimiento elevado que funge como condición fundamental para hacer posible el amor, “no hay nada más pesado que la compasión” (p. 40). Vivir en el peso provoca escuchar la voz de esa compasión, se vuelve una necesidad, implica compromiso pues la persona amada adquiere especial valor para el que ama, y

porque se asocia al peso, se dice que “la grandeza del hombre consiste en que carga con su destino como Atlas cargaba con la esfera celeste a sus espaldas” (p. 42).

Kundera profundiza la trascendencia de esta compasión cuando se vive en el amor al proponernos el siguiente dilema: si por una parte, llegáramos a conocer a la persona que en el plano de la idealidad consideramos perfecta para nosotros, que satisface esos deseos que siempre estuvimos anhelando y que es la otra mitad de nosotros mismos que echábamos en falta, como el mito platónico; y por otra parte, tuviéramos a esa persona para la cual somos lo único que tiene en el mundo, que si nos pierde no le quedaría más que relegarse a una infinita tristeza, y somos su única esperanza para alcanzar la felicidad, ¿nos movería más nuestra propia realización con la primera persona, o la empatía hacia la segunda y haríamos de su íntimo dolor el nuestro? “¿Qué sucede si se encuentra realmente con la mujer que le corresponde, con la otra mitad de sí mismo? ¿A quién dará prioridad? ¿A la mujer del cesto o a la mujer del mito de Platón?” (p. 253).

Otra dimensión acerca de esta reflexión, es la necesidad de un equilibrio de fuerzas para la estabilidad de una relación, entendida en términos del grado de fortaleza y de debilidad que existe entre los amantes. Para el que es fuerte la compasión es su debilidad; para el que es débil su propia debilidad puede ser usada como un arma que hace brotar la compasión en el fuerte para así manipularlo. Aun, esta debilidad podría alcanzar tanto al fuerte, que el poder en una relación puede quedar en las manos del más débil, (en apariencia la parte más vulnerable).

¿Somos conscientes de la multiplicidad de significaciones que cada cosa evoca en las personas con las que formamos vínculos? En torno a las particularidades de los significados personales, Kundera habla de un río semántico que hace que para nosotros los símbolos, las palabras, los objetos representen algo más que sus significados lógicos. Creamos cadenas de significados en torno a éstos que se evocan unos a otros en una mezcla de recuerdos, pensamientos y sentimientos. Estos motivos no sólo se pueden construir personalmente sino mutuamente con otros: con nuestro círculo más cercano, con nuestras parejas. Mientras más jóvenes somos, más posibilidad de creación de un lenguaje mutuo existe.

Kundera, incluye en el romance entre dos de sus protagonistas, Franz y Sabina un “pequeño diccionario de palabras incomprendidas” (p. 97), con el que, somos invitados a considerar la posibilidad de que en realidad nuestras propias concepciones sobre las cosas, aunque sean para nosotros algo espontáneo y evidente, no se asemejan a las que poseen aquellos que amamos, incluso pueden entrar en franca contradicción, pueden alejarnos de los otros. Y es que el lenguaje, cuando escapa a la lógica, es capaz de mover significados profundos en nuestras vidas. “El amor empieza en el momento en que una mujer inscribe su primera palabra en nuestra memoria poética” (p. 221), es decir, en aquella que registra “aquello que nos ha conmovido, encantado, que ha hecho hermosa nuestra vida” (p. 220). Cuando Tomás se enamoró de Teresa,

él la pensaba en metáfora, como si un río la hubiese enviado corriente abajo hasta las puertas de su vida. “El amor puede surgir de una sola metáfora” (p. 19), escribe el checo.

De cómo nos relacionamos con la alteridad: la vida privada y la vida pública, la mirada de muchos y la mirada de pocos

¿Es deseable vivir una vida en la que no tengamos secretos ni ninguna parte de nosotros oculta ante la mirada de los otros? ¿Vivir como si nuestra vida fuese una casa con paredes de cristal, dispuesta al acceso de todo aquel que quiera mirar? No necesitaríamos privacidad. No haría falta mentir ni hacer nada a escondidas. Habría concordancia entre lo que pensamos que somos, y la idea que los demás tienen de nuestra vida. No sentiríamos entrar en contradicción con nosotros mismos.

Nuestro autor analiza cómo en el período de la ocupación soviética en la República Checa, muchos de los que migraron hacia otros países eran, sin saberlo, espionados y grabados por la policía secreta del régimen, y sus interacciones eran posteriormente divulgadas. “Cuando una conversación privada ante una botella de vino se emite públicamente por la radio, ¿qué explicación puede darse sino la de que el mundo entero se ha convertido en un campo de concentración?” (p. 146). En un campo de concentración no existe privacidad. Estamos permanentemente forzados a la presencia de los otros, la violencia y los abusos son sólo añadiduras sobre esta condición perversa básica. Nacer de antemano en la vida del campo de concentración, forma parte de la condición humana. Escapar de ésta, representa una conquista personal que demanda un gran esfuerzo. ¿Es realmente posible escapar del campo de concentración?

Y desde otro punto de vista, mientras vivamos expuestos a un público (sea en una situación extraordinaria como estar frente a la policía secreta sin saberlo, o algo cotidiano como la presencia de nuestros compañeros de trabajo), inevitablemente en mayor o menor medida, nuestra individualidad queda subyugada a la mirada de los demás, su presencia nos obliga a adaptarnos, a ceder para asimilarnos a ellos. Podríamos afirmar que vivir así es engañarnos y traicionarnos a nosotros mismos. Nos volvemos actores y actrices representando un papel, actuamos conforme el rol que nos toca asumir. Por eso desde este modo de verlo, sólo en el espacio de lo privado y de lo íntimo, somos nosotros mismos, somos verdaderos.

Para nuestro autor, existen cuatro tipos de miradas bajo las cuales un ser humano puede desear encontrarse: hay quienes actúan buscando la mirada de todos, la mirada anónima del público en toda su extensión. Hay quienes desean la mirada de muchos, no anónimos, sino de un círculo amplio de conocidos que participan de su vida social. Luego están quienes buscan la mirada, mucho más íntima, de la persona que aman, difícilmente podríamos decir que sus círculos sociales sean amplios, ya que se sienten satisfechos en el espacio de lo privado. Respecto a la cuarta tipología, están aquellos que viven bajo la mirada, imaginaria y soñadora de alguien distante y ausente. En este último grupo de sujetos, es aquella mirada la que

hace que emprendan proyectos y acciones que de otro modo son inverosímiles (escribir cartas para una desconocida en Norteamérica a pesar de no recibir respuestas, emprender un viaje a un país de otro continente que está en guerra).

A juzgar por los personajes que representan al cuarto grupo, tienen en común que su excesivo idealismo les impide una comunicación fluida y comprensiva frente a la presencia concreta de los que les rodean. ¿Qué tienen en común Franz y Simón? No han terminado de comprender demasiado bien las palabras y los pensamientos de aquellos bajo cuya mirada idealizada viven "...Simón se sintió a gusto y no tartamudeó nada. Quizá ni siquiera advirtió que no se habían entendido demasiado" (p. 286).

Sobre la relación con las demás especies animales

En otro orden de ideas, incluye en la novela como prueba única y definitiva de la bondad en el hombre: la forma en que este se relaciona con los animales. Acompaña su reflexión ética por otra antropológica, si bien para el caso esta última será la primera en considerarse. Es así que, cuando en el animal humano aún no existía el yo, este era pura naturaleza. Miraba en las aguas su reflejo y la imagen reflejada le era indiferente, no sabía reconocerse en ella; no se hacía preguntas, no existía angustia, no sabía que estaba arrojado al mundo. Para Kundera, el amor a la naturaleza es la nostalgia de no tener consciencia, "la nostalgia del Paraíso es el deseo del hombre de no ser hombre" (p. 311). El desprecio a ella es el origen de nuestra debacle, que nos desconecta de aquella arcana inocencia.

No hay seguridad alguna de que Dios haya confiado efectivamente al hombre el dominio de otros seres. Más bien parece que el hombre inventó a Dios para convertir en sagrado el dominio sobre la vaca y el caballo, que había usurpado. Sí, el derecho a matar un ciervo o una vaca es lo único en lo que la humanidad coincide fraternalmente, incluso en medio de las guerras más sangrientas (p. 300).

Así la humanidad está convencida de su superioridad y de su derecho a someter a los demás animales. Ha insistido tanto en esta creencia que la ha mitificado, el génesis nos hizo administradores de la naturaleza. Descartes nos convirtió después en propietarios de ella y enseñó que los animales eran máquinas carentes de alma, así los hombres de la modernidad aprendieron a no sentirse mal porque un animal grite de dolor. Por lo que, aquel que ama a estas criaturas se convierte en un peligro para el orgullo de la humanidad, porque cuestiona su accionar, y en menor o mayor medida, tomará distancia de los demás (Kundera nos recuerda cómo empezó la locura de Nietzsche: se disculpa y abraza llorando a un caballo que está recibiendo los latigazos de su cochero). Disfrutamos de sentirnos en la cima de la jerarquía animal; pero preguntémosnos ¿cómo sería si nosotros, los humanos, fuéramos los que son sometidos a otra especie cuyo dios también les ha enseñado que serán señores sobre todas las demás?

La indiferencia y la hostilidad hacia los animales sólo pueden entenderse como una expresión de odio a la vida. Los individuos y culturas que de alguna manera participan de esta actitud, lo hacen porque desean vengarse de la vida, y no es de sorprenderse que también se ataquen entre ellos. En esta línea Kundera presenta como ejemplo el desprecio del comunismo ruso por las palomas y los perros, a los que se procuraba eliminar por entero en ciertos poblados, para interpretar este evento como una anticipación de las atrocidades hacia los seres humanos que se cometerían posteriormente por parte de este régimen. "La maldad acumulada (y entrenada en los animales) tardó un año en dirigirse a su verdadero objetivo: la gente" (p. 303).

Producto de estas meditaciones, propone que:

La verdadera bondad del hombre sólo puede manifestarse con absoluta limpieza y libertad en relación con quien no representa fuerza alguna. La verdadera prueba de la moralidad de la humanidad, la más honda (situada a tal profundidad que escapa a nuestra percepción), radica en su relación con aquellos que están a su merced: los animales (p. 304).

Con otros hombres esto no es loable, pues debemos relacionarnos cordialmente con los demás porque de lo contrario las consecuencias nos afectarían negativamente a nosotros mismos. No sabemos en qué medida nuestras relaciones son producto de los sentimientos, o de un juego de poder y de fuerzas. El amor a un animal es entonces superior (al menos moralmente) al que se siente por otro humano. El amor entre estos últimos se exige, se compara, se analiza, se interroga, es celoso y muchas veces forzado, quiere cambiar al otro: no lo permitimos ser y lo destruimos antes de que germine. El amor a las criaturas de la naturaleza es desinteresado, no pide el mismo afecto ni tiene otras exigencias a cambio, nos alegramos con la simple presencia de, por ejemplo un perro al que queremos, y aceptamos su animalidad sin la expectativa de cambiarla. Este amor es voluntario, nada nos obliga a amar a los animales, como sí se espera de nosotros que amemos al prójimo, al padre y a la madre, etc.

La conciencia, la naturaleza y el tiempo: entre el asombro y la repetición

El tiempo corre en la naturaleza de modo circular, es la modalidad donde se da la repetición. Los eventos que han de darse ya son de antemano conocidos, y en los seres que la habitan esto no es motivo de aburrimiento, sino de felicidad (por eso otra persona no despierta en nosotros la nostalgia de no tener consciencia, un animal sí.). Recordemos que en este modo de vivir no existe angustia porque no existe un yo. Cuando el hombre se distanció de esta inocencia y adquirió consciencia de que era hombre (y convirtió a la naturaleza en su súbdita y a los animales en máquinas), comenzó a experimentar el tiempo como una línea recta, una carretera que nos conduce hacia lo desconocido. Ahí fue cuando nos alejamos del alcance de la felicidad, cambiamos la repetición por la incertidumbre. ¿Queda algún consuelo respecto de esto?

Quizás la experiencia de la vida como una aventura, sugiere Kundera, (podemos añadir, como una invitación a la filosofía también).

Considerando este planteamiento, nos queda por preguntarnos si en los seres humanos la repetición también se esconde la búsqueda de la felicidad: repetimos acciones que se vuelven hábitos, frecuentamos lugares y personas. ¿Qué es más deseable: la insistencia en la repetición que nos hace felices, o la búsqueda de lo desconocido que provoca la belleza del asombro y que nos permite reinventarnos?, ¿O es que oscilar entre ambos opuestos es necesario para una vida estable?

Del coito, la excitación, el asco y la vergüenza

¿Por qué el hombre siente asco ante lo que considera inmundo en su cuerpo y los demás animales no? Podemos relacionar la imagen del originario paraíso bíblico con la ya tratada situación del hombre que aún no tiene un yo que lo haga tomar distancia respecto a la mismidad de lo que le rodea. Ya que los demás animales no han sido expulsados de ese paraíso (no han desarrollado un yo autoconsciente), no tienen asco ni vergüenza del modo en que sus cuerpos están diseñados.

Por otra parte, Kundera cita al teólogo Juan Escoto Erígena, quien imaginaba que si bien la vida de Adán y Eva estaba marcada por la inocencia en el jardín del Edén, ellos mantenían encuentros sexuales. Por ende desde entonces la humanidad conocía el placer. Lo que Adán no experimentaba era excitación, la erección le llegaba por acción de su simple voluntad, sin necesidad de un objeto que la provoque.

¿Cuándo el hombre conoció la excitación? ¿Existe un vínculo entre el asco y el placer? Podemos asumir que las heces estaban exentas de asco en el paraíso, tal como sucede con cualquier otro animal en la naturaleza. En el momento en el que Jehová expulsa a la pareja mítica de su paraíso en la tierra, ellos descubren avergonzados su desnudez, y fue ahí donde probablemente comenzaron a sentir asco de sus defecaciones. Por causa de la vergüenza el hombre cubrió su cuerpo con ropas. Desde entonces, descubrir lo oculto en el cuerpo nos excita y la excitación quedó atada a la sexualidad y al placer. Nuestra sexualidad, desde esta serie de ideas, llegó a ser como es, gracias a las defecaciones.

A juicio de Kundera, el conflicto entre lo que consideramos lo más bajo y asqueroso (las menstruaciones, heces y las moscas), y lo más elevado y superior (lo divino, el amor, la belleza, etc.), representa un problema metafísico y teológico aún más complejo que el mal. Piensa que si dios les dio a los hombres la libertad, podemos suponer que, al fin y al cabo, no es responsable de los crímenes humanos. Pero el único responsable de la existencia de todas las cosas repugnantes es aquel que diseñó al hombre. La experiencia de lo absurdo da vértigo, absurdo que consiste en que al final coincidan en la misma experiencia humana, lo más elevado y lo más bajo.

El kitsch: la pérdida de la belleza tras el ocultamiento de la fealdad

Esta extraña reflexión le sirve al checo para plantearse la siguiente disyuntiva: ¿lo que consideramos repugnante es aceptable o nuestra constitución es inaceptable? ¿Debemos estar de acuerdo con el ser que nos fue dado y por tanto perdemos el asco o permanecemos en la duda acerca de este ser?

A la actitud que afirma que el mundo fue creado correctamente y que por tanto el ser debería ser bueno, Kundera le llama el acuerdo categórico con el ser. Al ideal estético de esta actitud, que consiste en la negación de todo lo que rechazamos, en la eliminación de la perspectiva todo lo que es inaceptable en la condición humana, y comportarse como si no existiese, le llama kitsch. En el fondo, el kitsch es un telón que sirve como ilusión que enmascara a la muerte. Este ideal estético posee el carácter fundamental de estar edificado sobre los sentimientos de la muchedumbre “en el reino del kitsch impera la dictadura del corazón” (p. 264). Evoca frases e imágenes con las que fácilmente las personas pueden sentirse conmovidas e identificadas.

Por eso, diferentes colectivos ideológicos (católicos, protestantes, humanistas, de izquierda, de derecha, liberales, conservadores, etc.) poseen sus propios modos de negar lo que consideran inaceptable en la vida: para el kitsch norteamericano, afanado en la defensa de los “valores tradicionales” lo que es inaceptable es el comunismo. El kitsch de las izquierdas en cambio, usa una máscara de falsa belleza que avanza en una Gran marcha contra todos los obstáculos que se interpongan en la búsqueda de un mundo justo, fraterno y feliz (como si en los regímenes comunistas la injusticia y el sufrimiento no existieran). El mundo soviético estaba lleno de violencia y tedio; pero en su ideal estético, los soviéticos son representados como hermanos que siempre se sonríen el uno al otro. ¿Se puede vivir bajo una alienación en el que la gente no tiene individualidad y siempre está sonriendo? Esos organismos serían autómatas que poseen respuestas para todo, ya no haría falta la filosofía. ¿Cuál es el valor de tener dudas? Hacernos preguntas nos permite ver las cosas que están ocultas tras la superficie de los hechos y de los discursos, y principalmente, permite el emerger del individuo que desencaja de la muchedumbre anónima. En los estados democráticos, en los que coexisten varias fuerzas políticas que se enfrentan y se aminoran entre ellas, queda espacio para la existencia y la manifestación de la individualidad. En los regímenes totalitarios, el kitsch también es totalitario. Excluyen de su concepción de la vida todo lo que no concuerde con su ideal “cualquier manifestación de individualismo..., cualquier duda..., la ironía...” (p. 266).

Sin embargo, no sólo los fanáticos viven en el kitsch. Todos necesitamos formarnos ideales con los que podamos conovernos junto al mundo entero, unas cuantas seguridades y verdades ilusorias, no podemos encontrarnos en un estado de desencanto radical. ¿Cuál es nuestro kitsch personal? ¿Cuál es nuestra versión de un mundo en el que no existe lo inaceptable? Quizás sin percibirlo vivamos en la negación del conflicto, del sufrimiento, de la incompreensión, de la

injusticia, de la soledad o la muerte ¿Y qué tan capaces somos de reconocer que nuestro kitsch es una bella mentira? Al hacerlo, sólo nos quedará la ternura y la belleza de tener sueños. En este ejercicio, nos hacemos más sensibles a la belleza, porque aceptamos la realidad de lo que nos repugna.

Al final de la sexta parte de la novela, escribe: “antes de que se nos olvide, seremos convertidos en kitsch. El kitsch es una estación de paso entre el ser y el olvido” (p. 292). ¿Qué significa ser convertido en kitsch? La trivialización, el ser reducido a fórmulas simplificadas e idealizadas, que niegan lo que realmente fuimos. Estas fórmulas, sencillas de asimilar por todos, pierden en el fondo el sentido, el legado, la riqueza de ideas, sensaciones, experiencias, interrogantes y angustias que fuimos, a cambio de unas frases fáciles de tragar. Pero esa unicidad, esa particularidad que caracterizó nuestra existencia, es dejada de lado. Por eso el kitsch, nos convierte en olvido.

Una lectura alternativa del Edipo de Sófocles: Ignorancia y culpa

Kundera nos ofrece una recepción original de la tragedia Edipo Rey de Sófocles, planteándose a partir de la misma la pregunta por la responsabilidad de nuestros actos cuando somos ignorantes de los efectos que estas producirán. Recordemos: Edipo asumió que la ignorancia de las implicaciones de sus acciones no le liberaba de la culpa: al saber que mató a su padre y que dormía con su madre, se priva él mismo del sentido de la vida y abandona Tebas. En la obra del checo este dilema surge a raíz de considerar los ideales políticos que una persona puede abrazar. ¿Puede nuestro idealismo hacernos cómplices de criminales, y dejarnos por ende, al mismo nivel moral de estos últimos? ¿La ignorancia nos hace inocentes o somos tan culpables como si lo hubiésemos sabido? Y si somos culpables ¿Qué hacer con esa culpa? ¿Es la ignorancia misma la que nos hace culpables, el no haber pensado lo suficiente?

De las reflexiones de Kundera sobre la creación literaria

¿Cuál es el porqué de un personaje? ¿Y cómo se relaciona el escritor con sus creaciones literarias? El checo nos revela que estos han nacido de experiencias y posibilidades surgidas en algún momento de su propia vida, aún más, tales creaciones son posibilidades que en su historia personal no se actualizaron, son la continuidad de elecciones por las que él no optó. En este sentido, la novela representa una exploración, y una extensión en paralelo de su propia vida, que en último término nos coloca a los lectores frente de diferentes momentos y decisiones clave, con las que fácilmente nos sentiremos identificados, por ser inherentes a la misma condición humana.

Una cualidad de la escritura consiste en que es un fenómeno de proyección. “¿Acaso no es cierto que el autor no puede hablar más que de sí mismo?” (p. 234). Pero vale la pena subrayar que la proyección no agota el sentido que la novela tiene para el autor. Plantea una investigación acerca de la vida humana realizada en primera persona, allende del límite de sus facticidades, se abre al campo de las posibilidades,

más allá del yo que ha hecho acto: “una novela no es una confesión del autor, sino una investigación sobre lo que es la vida humana dentro de la trampa en que se ha convertido el mundo” (p. 234). Este ejercicio conduce a la autoconsciencia en cuanto ser posibilidad, finitud e incertidumbre.

Los protagonistas de la novela: oscilar entre la levedad y el peso

En las siguientes páginas se ofrece un acercamiento general a la comprensión de las maneras en que las dimensiones de la vida humana propuestas por Kundera, ya conceptualizadas en este artículo, se manifiestan en el decurso de los proyectos existenciales de los cuatro protagonistas de la obra.

Franz: cuando era niño, su carácter había sido marcado profundamente al ver a su madre sufrir por causa del abandono de su padre. Desde entonces, el amor no correspondido y el dolor de ella hicieron que él se forme una idea acerca del amor: consiste en entregarse con bondad y evitar a toda costa hacer daño. Piensa que amar es rendirse y quedarse indefenso ante la persona amada. “Amar significa renunciar a la fuerza” (p. 121). “Para Franz el amor significaba la permanente espera de un ataque” (p. 91). No obstante, advierte Kundera, hay una debilidad y un riesgo en esta concepción, y es que la sexualidad es conquistada a través de la fuerza y la transgresión de los límites físicos. El amor carnal precisa dar órdenes y saber mandar. “Hay cosas que sólo pueden hacerse con violencia. El amor físico es impensable sin violencia” (p. 121).

Cuando Franz se casó con la mujer que eligió como su esposa, sentía por ella la misma compasión que hubiese querido que su padre tenga por su madre. Un día su esposa le amenazó con suicidarse ante un eventual abandono de él. Por eso cuando en cierta ocasión vio en su mujer a alguien grosera y dura con los demás, se esfumó la imagen de la madre vulnerable y sufrida que le unía a ella. No vaciló en tomar la decisión de abandonarla. También pensaba para sí mismo que la verdad y la lealtad son las mayores de entre las virtudes. Hacía tiempo ya que su amor le pertenecía a Sabina y quería vivirlo abiertamente. No obstante, al poco tiempo, ella desapareció de la vida de él. En este amor idealista, aun siendo abandonado, vive de los recuerdos y de la mirada imaginaria de Sabina, la busca en todo lo que hace. “prefería lo irreal a lo real” (p. 130), “todo lo que hace lo hace para Sabina y lo hace de modo que le guste a Sabina” (p. 136). El riesgo está en que por buscar una mirada imaginaria, terminamos por abandonar la vida real.

¿Qué simboliza Sabina para Franz? Consideremos que el talento de éste le ha permitido tener las condiciones materiales de su vida aseguradas desde la juventud, está en la cima de su carrera como académico y científico. Esto sin embargo, le hace sentir aburrimiento y soledad, una monotonía vivida por adelantado que experimenta como una asfixia, para él la suya no es una verdadera vida. Por eso encuentra en las grandes manifestaciones sociales, la ocasión del encuentro con los demás. “Era preciso celebrar algo, reivindicar algo, protestar contra algo, no estar solo, estar al aire libre y estar con otros” (p. 108). Significan también para él el peligro que se opone al tedio de su

cotidianidad, la valentía, el heroísmo, “lo que él más admiraba de las revoluciones: el riesgo, el coraje y el peligro de muerte, una vida vivida a gran escala” (p. 112). Sabina viene de un país ocupado por un ejército extranjero, en constantes protestas, en el que la vida de las personas se encuentra en peligro.

La vida de Franz gira en torno a la producción (más bien mecánica) de conocimiento. Pero en el país de Sabina, ocupado por los soviéticos, una idea se podía considerar peligrosa al punto de que se la prohíba, y se persiga a sus defensores. Eso es lo que a él le parece admirable. “Un libro prohibido en tu país significa infinitamente más que los millones de palabras que vomitan nuestras universidades” (p. 112). ¿Qué valor tiene el conocimiento si éste no nos hace afirmar la vida? Vale reflexionar en que esta insistencia en las personas e ideales a los que nos entregamos, permite a nuestra vida tener una continuidad, la unifica en un yo bien definido, le da una identidad.

Después de perder a Sabina, consiguió una nueva amante, una estudiante suya muchos años más joven que él, con quien finalmente podía vivir su amor abiertamente. Aunque vive esta relación con vitalidad y pasión; él dentro de sí, no deja de buscar a Sabina. El kitsch de Franz es la Gran Marcha, que heroica hace revoluciones a través de todas las épocas en la búsqueda de un mundo fraterno y feliz. Decide participar junto a un grupo de médicos, artistas e intelectuales para reclamar que se haga cumplir el derecho a la salud de los camboyanos, ocupados por el ejército comunista de Vietnam. Llegarán a la frontera entre los dos países y marchando, los ojos del mundo verán a los activistas occidentales ofrecer su ayuda a los camboyanos hambrientos y enfermos. Le impulsa la mirada imaginaria de su diosa, que un día dejó su patria, igualmente ocupada por un ejército comunista. Los ojos de Sabina estarán sobre él, y sabrá que su corazón le sigue siendo fiel.

Una vez en Bangkok, los franceses entran en rivalidad con los norteamericanos por el liderazgo de la manifestación, ¿la gran marcha se reduce a un desfile de la vanidad? En medio de esto, Franz levanta el puño en frente del ejército de Vietnam, está embriagado, poseído por el ideal que lo ha guiado durante toda su vida. ¿Pero qué ocurre cuando un ideal se encuentra con la dura realidad? El clamor de justicia de la marcha sólo recibe el silencio de los soldados vietnamitas. ¿Después de esto los ojos del mundo aún los considerarán héroes? ¿Su sueño morirá aquí? ¿O la Gran Marcha debe continuar hasta que Franz muera en su nombre y en el nombre de Sabina? En este momento de clímax se dio cuenta de que su voluntad es enfocarse en su vida real, esa que consiste en su estudiante, y no en su idealidad. La gran marcha tiene que retroceder hasta retirarse.

¿Y qué decir de la muerte de Franz? La búsqueda de la mirada imaginaria y divinizada de Sabina le condujo a un viaje a Asia en el que sólo le esperaba una muerte absurda, producto del ataque de unos malhechores. Es un relato cuyo mensaje consiste en que lo absurdo prevalece contundente y sardónicamente por sobre los idealismos ingenuos. Lo último que vio antes de morir, fue la presencia de su ex mujer a la que ahora odia. “Tras tanto andar errante, el regreso”, “los informados

saben que la frase tiene también su sentido plenamente profano” (p. 291) ¿Cuál es ese sentido profano que se puede extraer a aquel epitafio en la lápida de Franz? ¿El andar errante fue el perseguir la mirada imaginaria de alguien que no está ni estará en su vida? Por lo tanto, el regreso sería la vuelta a su vida real, que consiste en su puesto como profesor y su joven amante. Otra lectura podría ser que el regreso signifique que tras su muerte, se encuentre con su diosa, Sabina, en cuya mirada mitificada ahora descansará para siempre.

Sabina: en la obra ella es la expresión más enfática de la vida en levedad. El leitmotiv de su vida es la rebelión. Transcurrió su niñez siendo la hija de un puritano que decidía sobre su vida, y la ocasión de poder abandonar su casa para formarse como pintora en Praga fue ocasión de felicidad. Le caracterizó un espíritu competitivo, desafiante: la escuela socialista de arte le exige realismo en sus obras; en respuesta ella pintaba cuadros que no podrían diferenciarse de fotografías. Sabina encontró en aquella educación las mismas limitaciones a la expresión de su personalidad y de sus decisiones, tal como ocurría con su padre. A pesar de esto no perdió ocasión de encontrarse a sí misma en sus pinturas: “delante había siempre un mundo realista perfecto y detrás, como tras la tela rasgada de un decorado, se veía otra cosa, misteriosa o abstracta... delante había una mentira comprensible y detrás una verdad incomprensible” (p. 71).

Desde pequeña, Sabina odiaba las manifestaciones que reunían multitudes. Se resistía a fundirse con la multitud, no iba al unísono con ésta. Es para ella, el sentimiento de rebaño el origen de los males morales y de los totalitarismos políticos que privan a las personas de su individualidad. Se pregunta cuál es el sentido de ser obligada a relacionarse y consentir con otros checos, sólo por el hecho de ser compatriotas. En su perspectiva la lealtad más importante es la que se tiene hacia uno mismo, ella no se compromete con ningún ideal colectivo. Pasa de una ciudad a otra, cada nuevo abandono que efectúa le estimula, es un impulso que le gobierna.

En su camino de traiciones, decidió casarse con un hombre de mala fama movida por el deseo de provocar a su familia que era conservadora. Cuando sus padres murieron no tenía más motivo para continuar con su marido, por eso la rebelión se le volvió a apoderar de la voluntad y le abandonó.

Las relaciones le han de ser ligeras, caracterizadas por la ausencia de compromiso, disfruta con espontaneidad y libertad de su sexualidad, es seductora. El amor no puede convertirse en una obligación, ni en rutina, al hacerlo pierde su gracia. Por eso debe vivirse de forma privada, al ponerlo en los ojos del mundo se convierte en un peso, en una falsa representación, sólo la privacidad lo mantiene auténtico. Cuando Franz hizo público su romance, asumió que dejará de ser su amante; ahora interpretará un papel, el de la pareja de aquel, la mirada de los demás se depositará sobre ella, dejándola desprovista de sí misma. “El amor, cuando se hace público, aumenta de peso, se convierte en una carga. Sabina ya se encorvaba por anticipado al imaginarse ese peso” (p. 125).

Aunque la melancolía le invada, prefiere tener que abandonar a Franz, pues no podría vivir bajo semejante peso. Decide irse a París, pero ahí encuentra más símbolos que le abrumen: le produce pánico ver en los cementerios de esta ciudad las masivas lápidas de piedra que se colocan sobre los muertos, y lo profundo que son sus sepulcros. También debe dejar esta ciudad, “si muriera aquí, le pondrían una lápida encima y, para una mujer que nunca tiene sosiego, la idea de que su huida vaya a detenerse para siempre es insoportable” (p. 135).

Por otra parte, existe un objeto que simboliza la vida de Sabina: un sombrero tipo hongo que perteneció a su abuelo, a quien nunca conoció, aunque sabe de él que otrora fue alcalde de un pueblo pequeño. Este accesorio simboliza en ella la rebeldía, al haberse resistido a tratar de conseguir algo más en las pugnas por las herencias que había dejado su padre tras su muerte. Tiene un valor sentimental al ser el recuerdo de su familia, de su origen, y es a la vez un instrumento transgresor a ser utilizado como parte de su vida erótica. Carga con él a todos los sitios a los que va, no porque sea especialmente útil, pues al cargarlo elimina la posibilidad de incluir entre su equipaje otros objetos cotidianos. Por eso también representa su originalidad, su levedad y la libertad respecto a las cargas. Ella es capaz de encontrar la belleza incluso en aquellas cosas inesperadas que escapan a la insensibilidad cotidiana (un cementerio, los rezos cantados de la gente en una iglesia rural). Y es que la belleza no nos salta directamente a la vista. No está clamando por ser encontrada. Se oculta, está olvidada en algún sitio. No nos damos la oportunidad de encontrarla, si hay algo que tienen en común el rico y el pobre, es que ambos consienten en vivir en un mundo gobernado por la fealdad.

Su existencia es tan ligera que nada le ata a la vida, le asusta darse cuenta de que no hay ningún suelo firme que la soporte. Para Sabina no hay caída, hay una ligereza que amenaza con hacerla flotar en la nada. Nada le mantiene en ningún lugar, no tiene obligaciones, su existencia carece de todo peso y su identidad difícilmente puede ligarse a otras personas, a uno u otro lugar. Aun, resulta difícil decir hasta qué punto podemos hablar en Sabina de una identidad. Su angustia es la de quien un día siente que necesita tocar el suelo, volverse algo menos insignificante. ¿Qué le sucedió a Sabina?... Su drama no era el del peso, sino el de la levedad. Lo que había caído sobre Sabina no era una carga, sino la insoportable levedad del ser” (p. 132).

“Traición significa abandonar las propias filas e ir hacia lo desconocido. Sabina no conoce nada más bello que ir hacia lo desconocido” (p. 100). ¿Por qué deseamos lo desconocido? Preguntar el -porqué- del modo de ser de una persona no es lo mismo que preguntar el -para qué-. ¿Cuál es la finalidad del camino de traiciones de Sabina? Kundera escribe:

Sabina sentía a su alrededor el vacío. Pero ¿Qué sucedería si ese vacío fuese precisamente el objetivo de todas sus traiciones? Por supuesto, hasta ahora no había sido consciente de ello: el objetivo hacia el cual se precipita el hombre queda siempre velado. La mu-

chacha que desea casarse, desea algo totalmente desconocido para ella. El joven que persigue la gloria, no sabe lo que es la gloria. Aquello que otorga sentido a nuestra actuación es siempre algo totalmente desconocido para nosotros. Sabina tampoco sabía qué objetivo se ocultaba tras su deseo de traicionar. ¿Es su objetivo la insoportable levedad del ser? (p. 132).

Después de dejar París se muda a vivir a Nueva York, en donde ha recibido el mecenazgo de una pareja de ancianos que disfrutan de la pintura. Estos momentos son lo que más le hacen pensar en su propio kitsch, casi siente que tiene una familia. En el fondo de sí se conmueve (en ocasiones hasta el llanto) con el sueño de un hogar amoroso y tranquilo en el que habitan una madre amorosa y un padre sabio. Pero ella es consciente de que su vida responde a la traición, y ésta es una parada más en su camino (tras la muerte del anciano decidió mudarse a la costa pacífico de Estados Unidos, aún más lejos de Europa).

El camino de traiciones continuará y, en medio de la insoportable levedad del ser, se oirá de vez en cuando, desde las profundidades de su alma, una canción sentimental acerca de dos ventanas iluminadas tras las cuales vive una familia feliz. Esa canción le emociona, pero Sabina no se toma su emoción en serio. Sabe muy bien que esa canción es una hermosa mentira (p. 270).

¿Qué será de Sabina cuando muera? “un día escribió un testamento en el que estableció que su cuerpo debía ser quemado y las cenizas esparcidas” (p. 287). De este modo nunca quedará subyugada a la pesadez ni a la inmovilidad, finalmente viajará en el viento.

Tomás: En él se reflejan dos inquietudes básicas: ¿qué relación existe entre el amor y el sexo?, y ¿de qué modo se han de relacionar nuestra voluntad con los imperativos que hay en nuestra vida?

Respecto a la primera pregunta, piensa que el amor poco tiene que ver con el sexo, uno puede entretenerse con muchos cuerpos y tener apego sólo por una persona. “El amor no se manifiesta en el deseo de acostarse con alguien... sino en el deseo de dormir junto a alguien” (p. 23). En general, su relación con las mujeres está marcada por el miedo a ellas pero a la vez por su deseo, esto le conduce a la construcción de amistades eróticas, en las que se evite la formación de apegos y de compromisos. Quien mejor comprende este concepto, y es por tanto su amante favorita, es Sabina.

Por otra parte, convierte en necesidad su amor por Teresa, que fue producto de la serie de casualidades que le permitieron conocerle (transforma lo leve en pesado). Este sentimiento se vincula con la compasión que ella le despierta (ella enfermó la misma noche que llegó a visitarlo, y él empezó a poetizar su llegada con imágenes de niños que son enviados hasta su orilla por manos anónimas), y el deseo de cuidarla (se casó con ella y le regaló un cachorro). No le importó sacrificar su propia realización personal en pos de ese amor, lo prioriza. Ese apego le hace sentir más conectado a la vida que ninguna otra cosa, más que su profesión, más que sus convicciones políticas, más que su pasa-

tiempo de las demás mujeres, por el que siente cada vez más culpa.

Dado que desde la perspectiva de Kundera, la vida es algo gratuito y está exenta de destino, el amor tampoco lo está. Consideremos dos situaciones vividas por Tomás: la ocasión en que en una celebración entre amigos ella baila con otro hombre. La espontaneidad y su entrega a la pareja de baile, le conducen a darse cuenta de que su cuerpo podría consumirse con el cuerpo de otro hombre con la misma facilidad que con el de él. O cuando Teresa le confiesa que si no le hubiera conocido a él, se habría enamorado de su amigo Z. Ambos momentos le empujan hacia la conciencia de la casualidad, que es de donde proviene el amor, le arrojan a una incómoda melancolía, a una intensa angustia.

La insatisfacción de Teresa con la promiscuidad de éste le empuja a su abandono (habían vuelto a empezar su vida en Suiza pero ella volvió a República Checa). Su partida le produce una desesperación que después da paso a la melancolía, pero también a una intensificación de la experiencia de la belleza “ahora comprobaba que aquellos años eran más hermosos en el recuerdo que cuando los había vivido” (p. 38). La vivencia real del matrimonio le era fatigosa, implicaba el esfuerzo de darle toda la atención y el consuelo que su amor exigía. “Teresa y Sabina representaban los dos polos de su vida, dos polos lejanos, irreconciliables, y sin embargo ambos hermosos” (p. 37).

Respecto a la segunda inquietud planteada, tras la publicación de las ideas de Tomás sobre Edipo, la culpa, los entusiastas del comunismo, y los crímenes cometidos por la ocupación rusa; el régimen le exige retractarse si desea conservar su trabajo en el hospital como médico. Ahora debe elegir entre su honor (su fidelidad a sus ideas, a costo de perder el prestigio social que le da su trabajo) y su profesión (con la humillación de tener que retractarse de lo que piensa). ¿Debería importarle lo que los otros puedan decir sobre su situación? “¿tiene usted una opinión tan elevada de la gente que le rodea como para que le importe lo que vayan a pensar?” (p. 190). Le pregunta un colega suyo.

Tomás percibe: lo único que le importa es Teresa, ella es su único compromiso, su verdadero deber, la coloca por encima de sus convicciones políticas. Al final decidió no retractarse y esta decisión le costó su trabajo. En el régimen de la ocupación no existe libertad de pensamiento ni se tolera la crítica, Tomás ha tenido que conformarse a trabajar en un consultorio rural como médico general, y ni aun así cesaron los acosos. Él volvió a aquella República Checa secuestrada por los soviéticos, solamente por causa de Teresa, usando su libertad personal renunció a su libertad civil. Sin embargo encontró una forma de rebelarse: renunciando a la medicina, la policía perdió influencia sobre él. Pero ¿cómo la personalidad de Tomás se expresa en la profesión que eligió? Según Kundera, en la vida de Tomás sólo existió una cosa que ocurrió por necesidad y no por casualidad: la medicina, que en él responde a “un profundo anhelo interior” (p. 204). Y es que esto ocurre en todas las personas, podemos categorizarlas en función de los anhelos que rigen las actividades a las que han de dedicarse el resto de sus

vidas. ¿Cuál es ese anhelo al que responde la inclinación de Tomás por la medicina? “ser cirujano significa hender la superficie de las cosas y mirar lo que se oculta dentro” (p. 207), “una intensa sensación de sacrilegio” (p. 205).

En este sentido hay una transformación inversa a la que produjo Teresa en su vida, renuncia con violencia a su deber, convierte esa pesadez en levedad. Mayor rebelión aún requiere renunciar a las responsabilidades que no nos vienen impuestos por la sociedad, sino de dentro de nosotros mismos. Esa misma ambición que le llevó a ser cirujano, hoy le hace desear saber qué hay más allá de la vocación, de conocer “lo que queda de la vida cuando uno se deshace de lo que hasta entonces consideraba como su misión” (p. 207). De este modo consiguió ampliar las fronteras de su libertad, no tenía preocupaciones y su día a día como limpiador de escarapes transcurría entre amistades, alcohol y principalmente, mujeres. Se inclina hacia la vida de un esteta reflexivo: “no era el deseo de placer (el placer llegaba como un premio, por añadidura), sino el deseo de apoderarse del mundo (de hendir con el escalpelo el cuerpo yacente del mundo) lo que le hacía ir tras las mujeres” (p. 212).

¿Y cómo entender la afición de Tomás por las mujeres? Él no busca en las mujeres la consumación de un ideal romántico frustrado, (a aquel tipo de hombre Kundera llama mujeriego lírico); sino la exploración de la riqueza del mundo femenino, lo que le guía es la curiosidad, va tras lo que le resulta interesante (mujeriego épico). Su personalidad se funde en el afán por penetrar las superficies de lo que es evidente y descubrir lo que se encuentra oculto, la profunda individualidad de cada mujer, y el erotismo es un medio para alcanzarlo.

El carácter único del -yo- se esconde precisamente en lo que hay de inimaginable en el hombre. Sólo somos capaces de imaginarnos lo que es igual en todas las personas, lo general. El -yo- individual es aquello que se diferencia de lo general, o sea lo que no puede ser adivinado y calculado de antemano, lo que en el otro es necesario descubrir, desvelar, conquistar (p. 210).

Con Teresa esto no le ocurrió. Antes de colocarla bajo la mirada objetivante y hacerse preguntas en torno a su naturaleza, ya estaban aferrados el uno al otro. ¿Y si su imperativo de ir detrás de las demás mujeres también precisa rebelión? Sabemos que para él el sexo no responde al amor. Si la excitación es lo fáctico, es el instinto que responde a la supervivencia, a lo que estamos condicionados; por otra parte el amor es algo que trasciende al sexo, el modo en que amamos es una expresión de nuestra individualidad, el amor es lo que nos libera de nuestra facticidad, de la animalidad, construimos una identidad con alguien más. Y a pesar de eso, el amor no consigue escapar del sexo, lo incluye dentro de sí, de otro modo, ¿por qué nos duele la imagen de la persona que amamos junto al cuerpo desnudo de un extraño?

Una propuesta de Teresa le convenció, se irán a vivir al campo. La decisión es permanente, toda su anterior vida ha quedado en lo pretérito, su nueva vida estaba anclada a la repetición. Para su vejez Tomás se ha

liberado de (casi) todos los imperativos, de todos los "tú debes". Le manifiesta a una compungida Teresa: "la misión es una idiotez. No tengo ninguna misión. Nadie tiene ninguna misión. Y es un gran alivio sentir que eres libre, que no tienes una misión" (p. 328). Sólo hay una carga a la que no renunció hasta el final: el amor para el que vivió y por el que murió. Él y su mujer mueren aplastados por un camión. "Había muerto como Tristán, no como Don Juan", "Teresa y Tomás murieron bajo el signo del peso" (p. 134).

Teresa: Cuando la madre de Teresa era joven, era hermosa y tenía nueve pretendientes que le pedían matrimonio. Por un descuido de uno de ellos quedó embarazada de Teresa. De inmediato despreció al padre y su vida se convirtió en una constante frustración. Con el paso del tiempo lo abandonó y él murió. La madre cambió de pareja, pero con su segundo marido siempre estaba celosa, llevaba consigo un sentimiento de impotencia, y por eso hizo de Teresa el chivo expiatorio de sus frustraciones: "la única persona que le pertenecía y que no podía huir, el rehén que podía pagar por todos los demás, era Teresa" (p. 51). A causa de este odio, no le permitió terminar los estudios y le obligó a trabajar desde los quince años, le hizo responsable de las tareas del hogar, a pesar de su talento para los estudios. Le enseña que la maternidad es el mayor acto de renuncia que una mujer puede emprender. La vida de Teresa transcurre marcada por la culpa, y está dispuesta a hacer todo lo que ella le pida con tal de agradarla, creció siendo una persona insegura de sí misma.

Si la llegada de Teresa significó para la madre la pérdida de la juventud y la belleza, la condena de la hija es la constante exposición a la fealdad. La madre hace gala de la desvergüenza, la vulgaridad y la falta total de pudor, "es como si el nivel de vergüenza pretendiera expresar el nivel de valor que tiene su cuerpo" (p. 54). La desvalorización de la madre por el cuerpo, que Teresa debía soportar, se traducían en la necesidad de esta última de dejar salir lo que llamó su alma, es decir, la expresión de su más alta individualidad y de su feminidad: "el alma, triste, tímida, atemorizada, estaba escondida en las profundidades de las entrañas de Teresa y le daba vergüenza que la vieran" (p. 55). Por eso Teresa tenía por costumbre mirarse al espejo, lo que la impulsaba a hacerlo no era la vanidad sino el asombro que le provocaba ver su propia imagen reflejada. Buscaba en esa imagen su alma, el yo que se resistía a revelarse a través de su cuerpo.

Una vez que hemos considerado esta particularidad de la historia de Teresa, vale preguntarse ¿qué vio ella en Tomás? Un forastero que no sabe de su madre, ni de la aburrida vida en su pueblo, un extraño que lleva consigo un libro, es decir, un símbolo de elegancia y de distinción. Por eso fue ella quien tomó la iniciativa para encontrarse con él cuando saliera de su trabajo. Unos días después acude a Praga a verlo, llevando consigo sus posesiones, con toda su vida. Una vez con él, se aferra con fuerza a su mano cuando duerme, no conseguía conciliar el sueño sin su compañía. Su amor es un amor idealista, sueña con el hombre de su vida desde que es una niña de 8 años. La impulsa un fuerte deseo de ascender y de superar las condiciones de su vida. En un tiempo bastante

breve consigue, sin experiencia previa, posicionarse como fotógrafa. ¿Cuál es su motivación? No es la profesión misma, igual le hubiera dado dedicarse a cualquier otra actividad. Era el deseo de afianzar su vida junto con la de Tomás, no le importa ser juzgada por otros por desear dedicar su vida a su marido.

Sufre intensamente los celos que le provocan las amistades eróticas de Tomás. Comienza a tener una serie de sueños que la acompañarán por el resto de su vida. Al inicio ella es herida por las demás mujeres; posteriormente, no sólo recibe ataques sino que es muerta, y hasta después de muerta sigue teniendo que enfrentarse al horror y a los celos, "todas las mujeres eran amantes en potencia de Tomás y ella les tenía miedo" (p. 27). Con Tomás, Teresa al fin escapaba del mundo de su madre, pero dada la vida sexual de él, ella se sentía reducida a ser un cuerpo más entre los cuerpos de sus amantes, era nuevamente enfrentada a la negación de su alma. Todos sus sueños hablan de esa humillación ante el deseo de ser sí misma, de su miedo a ser tenida como objeto en lugar de sujeto, deseaba que su cuerpo sea único para Tomás, saberse reconocida, aceptada. Estaba insatisfecha con su vida.

"La persona que desea abandonar el lugar en donde vive no es feliz" (p. 36). La pareja se muda a Suiza, y la inicial esperanza de Teresa se torna en su contra como una derrota mayor, al ver que el estilo de vida de Tomás no ha cambiado. Aquella situación debilita su voluntad, la debilidad le conduce al vértigo y el vértigo a desear caer, a querer volver a casa de su madre. Tras siete años compartidos, decide volver a Praga. Por su causa él regresa a verla. Estos eventos cambian su situación: ahora es ella quien posee el poder en la relación.

Como se puede evaluar en ella domina el peso, experimentado en el amor. Sin embargo, las palabras de Tomás le hacen preguntarse si se puede disfrutar del sexo al margen del amor, por lo que intenta practicar la coquetería, aunque se la toma demasiado en serio para conseguir ser leve y no lo logra. No obstante, se permite tener un encuentro sexual con un supuesto ingeniero que la invita a su casa (nunca sabrá si estaba interesado en ella auténticamente, o si era sólo un actor llevando a cabo, una treta por parte de la policía secreta para posteriormente chantajearla). La ocasión le sirvió para encontrarse asombrada y excitada ante su propio cuerpo, a través de la mirada de otro mira a su propio cuerpo. No deseaba ver a otro, deseaba verse a sí misma en la compañía de otro cuerpo. Este asombro y este fantaseo le acompañan incluso días después del suceso.

Su cuerpo se rebeló contra su alma, que tras el acto se siente humillada, solitaria y abandonada. Lo que ella busca es ser aceptada y protegida, por lo que el sexo como levedad para ella ha sido descartado. ¿Y si todo es una conspiración contra ella y Tomás? ¿Su individualidad, su privacidad, serán otra vez burladas? Teresa siente que no puede dejar el campo de concentración que es el mundo.

Con el paso de los años entre ella y Tomás hay distancia y silencio. Cuando le propone irse a vivir al campo, agota su último esfuerzo por mantenerle lejos de sus amantes, y del riesgo de que él conozca de su

incidente con el ingeniero, ahí podrían volver a estar cerca a las puertas de su vejez. En este momento le inundan los remordimientos: "lo atraía cada vez más hacia abajo... le hacía ir tras ella como si quisiese comprobar permanentemente que la amaba" (p. 325). Cobra conciencia de cómo ha cuestionado su amor por ella, piensa en cómo lo ha conducido a renunciar a su vida para ir detrás de ella. Teresa, que es débil, ha usado justamente esa debilidad para atacar a Tomás. No es él, el fuerte quien ataca a Teresa, fue ella quien lo arrastró en un túnel. Su debilidad no es inocente, su sufrimiento debilita a Tomás, la compasión es la debilidad de él.

El último sueño de Teresa: Tomás lee una carta que ha recibido, y ella está invadida por los celos y un horror intenso. ¿Qué dice la carta? Tomás debe comparecer en el aeropuerto. Una vez ahí embarcan un avión pequeño en el que no hay más pasajeros. Cuando el avión aterrizó descubrieron que les esperaban tres hombres con fusil, y tan pronto como pisaron tierra, Tomás fue atacado por uno de ellos. Cayó al suelo y ante la desesperación de ella por aferrarse a su cuerpo, notó que éste se volvía cada vez más pequeño, que después se movía y correteaba alrededor de la pista. El hombre que le disparó comienza a perseguir a lo que quedó de él hasta atraparlo: ¡Tomás se convirtió en un conejo asustadizo! Se lo entrega alegremente a Teresa. Sabía que lo podía sostener en su regazo, que ahora era sólo suyo. Sentía una completa plenitud, ya no quería escapar. Camina con su conejo por las calles de Praga hasta encontrar la casa de su infancia. No le reciben ni su madre ni su padre, sino una pareja de ancianos que reconoce que son sus bisabuelos. Se acomoda en su habitación de la niñez, y ahora siente su vida ha llegado a la meta, mientras aprieta su rostro hacia el cuerpo del conejo.

Ahora Tomás es viejo, como un conejo que ella puede apretar contra su cara, ha perdido su fuerza. Teresa se ha puesto particularmente bonita para él, deciden ir a un salón de baile, en la que sin saberlo será la última noche de sus vidas. La felicidad y la tristeza se mezclaron esa noche: la tristeza significaba que han llegado la estación final de su viaje, ya no habrán más aventuras. La felicidad consistía en saber que se tenían el uno al otro, que llegaron hasta el tramo final del viaje juntos.

Referencias bibliográficas

- Kierkegaard, S. (2019). *La enfermedad mortal*. Madrid: Verbum.
 Kundera, M. (2008). *La Insoportable Levedad del Ser*. Barcelona: Tusquets.
 Nietzsche, F. (2014). *Así Habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.
 Nietzsche, F. (2018). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Edaf.

Curriculum

Psicólogo Clínico por la Universidad de Cuenca (Ecuador).
 Máster en Psicopedagogía por la Universidad Internacional de la Rioja (España).
 Docente en instituciones anexas a la Universidad Católica de Cuenca (Ecuador).
 Psicoterapeuta.

Correo de contacto:

dansvillacres@gmail.com

Fecha de entrega: 24/01/2022

Fecha de aceptación: 21/02/2022